

UNA NUEVA INTERPRETACIÓN DE LA BATALLA DE ALCOCER

Dolores OLIVER PÉREZ
Doctora en Filología Hispánica

SON varios los trabajos publicados con el propósito de explicar cuál es la «maña» que utiliza el Cid para conquistar Alcocer pero hasta el momento no se ha podido ofrecer una interpretación que resulte convincente¹. Se ha dicho que esta batalla es confusa, que los versos 606 y 607 son difíciles de entender, que es uno de los episodios más discutidos y explicados menos satisfactoriamente² e incluso se ha afirmado que la táctica en ella empleada tiene su fuente en

¹ RAMSDEN, H.: «The taking of Alcocer» en *BHS*, XXXVI, 1959, pp. 129-134, considera que la «maña» consta de dos partes: en la primera los cristianos fingen la huida para conseguir que los moros abandonen la fortaleza; en la segunda, los hombres de Rodrigo golpean a los sarracenos mientras el Campeador y Alvar Fáñez les adelantan y alcanzan la victoria al llegar antes que ellos a la puerta del castillo. En su artículo ofrece dos distintas explicaciones de la frase *dexando van los delant*, pero nada dice del sentido que atribuye al verso *las espadas desnudas, a la puerta se paraban*. Sabemos por este autor (p. 130) que Hanssen ha publicado un breve artículo sobre esta batalla en el *Boletín de la Academia Chilena* (I, 1918, pp. 404-406) y que la versión comúnmente admitida es la expuesta por Menéndez Pidal, en su CMC donde señala que «el Cid, al fingir su huida, había dejado parte de su gente escondida en la celada, para cortar la retirada a los de Alcocer». Sobre las interpretaciones de Colin Smith y Ubieto Arteta, véase infra notas 3 y 4.

² RAMSDEN, H.: Art. cit., p. 129, señala que el episodio de Alcocer «es uno de los más discutidos y el explicado menos satisfactoriamente» y recuerda (p. 130, 131, 134) que también Menéndez Pidal afirma que la narración es confusa y los versos 606-7 difíciles de entender; MICHAEL, Ian: *Poema de Mio Cid*, p. 21, indica que la interpretación de Colin (véase infra nota 3) deja el verso 607 sin sentido, hecho que reconoce el mismo Colin y que disculpa afirmando que el final del relato es «un poco confuso» y que el problema del verso 606 tampoco lo ha solventado Ramsden.

la *Strategemata* de Frontino³ o que no fue conocida hasta la batalla de Alarcos⁴.

No es nuestra intención dedicar un amplio espacio a comentar las diferentes versiones, ni a discutir juicios que respetamos pero no compartimos. Lo que queremos señalar es nuestra tremenda sorpresa ante las afirmaciones que se han hecho sobre éste y el resto de los enfrentamientos descritos en el Cantar y que no se haya tenido en cuenta que todos y cada uno de ellos están reflejando las maestrías y arterias de los moros que, como dice don Juan Manuel, «*non ha en el mundo omne que vos pudiere dezir quanto saben et quanto fazen*⁵».

Para comprender la parte bélica del *Cantar de Mio Cid* (CMC)⁶ y hallar la fuente de los distintos enfrentamientos, tenemos que olvidarnos de las guerras de la antigüedad clásica y de las grandes batallas que en época tardía se dieron en suelo andaluz y volver los ojos a los

³ SMITH, Colin: «Two literary sources for The Poema del Cid» en *BHS*, LII, 1975, pp. 109-122, cree encontrar la fuente literaria de la toma de Alcocer en la *Strategemata* de Frontino (pp. 116-121) aunque reconoce que el final del relato no es similar, ya que la celada de la fuente latina consiste en esconderse un grupo de jinetes al pie de un monte para salir y atacar a los perseguidores, cuando los fugitivos bajen la colina, mientras que en el de Alcocer los hombres del Cid se ocultan en la tienda que ha dejado en el campamento y salen «*dando grandes alaridos*» para «*dar la vuelta hacia el castillo*» y parar a su puerta con las espadas desnudas. Entonces llega el grueso del ejército que conseguirá la completa derrota de los moros. No podemos aceptar que se busque para este episodio un antecedente clásico cuando en un mundo mucho más cercano, el musulmán, se repite incesantemente la argucia de la celada y menos cuando localizamos textos árabes reveladores de que los cristianos aprendieron a tender emboscadas luchando contra los moros e incluso peleando a las órdenes de caudillos árabes como sucede en la toma de Carmona. (Sobre este último hecho véase DOZY, *Histoire des musulmans d'Espagne*, III, Leiden, 1932, pp. 8-9.)

⁴ UBIETO ARTETA, A.: *El Cantar de Mio Cid, algunos problemas históricos que suscita*. Valencia, 1977, pp. 56-62, 188-9, estudia las cinco grandes batallas que se dieron entre musulmanes y cristianos, como medio de fijar la cronología del Cantar, y afirma que en la de Alarcos, se inicia una nueva táctica guerrera, al dividirse los musulmanes en dos cuerpos y que por lo tanto es dicha batalla la que explica el planteamiento de los combates del Cid. Este autor piensa que en Alcocer el Cid simula la retirada para que salgan en su persecución y que «*cuando queda gran espacio entre ellos y el castillo, Rodrigo vuelve sobre sus pasos, rodea a sus enemigos y entra en el Castillo*», señalando, a continuación, que el Campeador en la conquista de una fortaleza divide siempre sus huestes en dos grupos: «*uno inicia la retirada para alejar a los musulmanes*» el otro «*espera encelado para lanzarse al hueco dejado y ocupar el castillo*» (cfr. p. 56), palabras que nos hacen sentir que en la toma de Alcocer asocia el verso «*los que están en la celada*» con este segundo grupo, aunque no lo explicita.

⁵ DON JUAN MANUEL: *El Libro de los Estados*. Ed. José M.^a Castro Calvo. Barcelona, 1968, p. 124.

⁶ Utilizamos las siglas CMC al referirnos a la obra de Menéndez Pidal, *Cantar de Mio Cid. Texto, Gramática y Vocabulario*, 3 vols., Madrid, 1911, que hemos tomado como base para la redacción de este artículo.

cientos y cientos de pequeños y medianos combates que, protagonizados por grupos tribales, se suceden desde la entrada de los musulmanes hasta el período vivido por el Cid. Su examen pone de manifiesto que los árabes y beréberes pelean por tradición de la misma forma que el héroe castellano, y que los primeros, al igual que el Campeador, conciben las lides como estratagemas y consiguen vencer al enemigo mediante la ejecución de una serie de maniobras que combinan de manera diferente para poder así sorprender al adversario. Lo que las crónicas árabes nos proporcionan no es una batalla con características idénticas a otra del Cantar, sino información sobre un alto número de movimientos tácticos y argucias, que luego iremos reconociendo como parte de cada ardid de guerra o enfrentamientos en particular.

En el *Muqtabis* III, de Ibn Hayyān, que relata el período de 'Abd Allāh y los continuos levantamientos tribales que tuvieron lugar a finales del siglo IX, tenemos descripciones de tretas en las que un grupo se esconde en celada para sorprender al enemigo (pp. 55, 60, 92); huidas fingidas cuyo objetivo es arrastrar al perseguidor a una emboscada (pp. 69, 140); ataques repentinos contra tropas que se encuentran acampadas (pp. 94, 102) o que han ido en busca de forraje (pp. 119-120); salidas a todo galope de una fortaleza para acometer a los sitiadores (p. 57); alcances donde los perseguidores corren golpeando las espaldas de los fugitivos (pp. 55, 83, 94, 100, 105) y les obligan a dirigirse a un río en el que les arrojan para que se ahoguen (p. 117); movimientos envolventes, como los que descubrimos en la famosa batalla de al-Madina, ampliamente cantada por los poetas árabes (pp. 56-57), siendo también en esta obra donde contemplamos a un príncipe coreixita ejecutando, *de manera torpe y zafia* la *haraka* (p. 135) que el Cid realizará más tarde, con toda perfección, frente al castillo de Alcocer.

Creemos que una lectura detenida de esta crónica es suficiente para entender los distintos enfrentamientos recogidos en el Cantar así como para corroborar que los árabes y beréberes, un siglo antes que el Cid, gustan combinar en sus guerras los movimientos de dos grupos y obtienen victorias gracias al valor, astucia y habilidad de los guerreros y no al número de combatientes⁷.

⁷ IBN HAYYĀN: *al Muqtabis* III. Ed. Melchor M. Antuña, París, 1955. Obras donde encontramos un alto número de argucias son las siguientes: *Ajbār Maʿmū'a*. Ed. Lafuente Alcántara. Madrid, Real Academia de la Historia, 1867; *Fathu-l-Andalus*. Ed. J. González, Argel 1889; IBN AL-QŪTIYYA, *Ta'rij ifitāh al-Andalus*. Ed. J. Ribera, Madrid, 1926; IBN 'IDĀRI, *Kitāb al-Bayān al-mugrib*, vols. I, II (ed. Levi-Provençal y G.S. Colin, Leiden, Brill, 1951) y *III Parte del Bayān al-mugrib* (ed. Huici Miranda, Tetuán, 1693).

Lo que a nosotros nos interesa no es si las lides tienen o no un fondo histórico sino que el Cid del poema, realiza idénticas maniobras, emplea similares añagazas, cabalga y pelea al igual que esos hombres a cuyo lado ha vivido una gran parte de su vida, y que al escuchar las palabras del juglar que describen éste y el resto de los enfrentamientos, hemos experimentado las mismas sensaciones que cuando oímos a cronistas y poetas cantar las gestas de 'Abd al-Rahmān I o de los caudillos tribales. Si estos últimos intentan convencernos de que son seres excepcionales, con relatos donde les vemos planear las argucias más inverosímiles y derrotar, gracias a su inteligencia y arrojo, a tropas diez veces mayores⁸, el juglar va a engrandecer la figura del Cid presentándolo como un hombre capaz de engañar a esos moros cuyas técnicas de combate los cristianos tanto admiran⁹, y haciendo que ejecute en Alcocer una peligrosísima carrera que los mismos árabes no eran capaces de realizar.

TEXTO E INTERPRETACIÓN DE LA BATALLA DE ALCOCER

Queremos plasmar en estas páginas las imágenes que fueron apareciendo ante nosotros cuando, al leer el relato de Alcocer, nos encontramos, sin darnos cuenta, siguiendo el hilo de la narración e intentando descubrir qué movimientos ejecuta el Cid y cuál es la respuesta de los moros.

En nuestra interpretación explicitamos hechos que el juglar no señala y que resultan sencillos de deducir cuando se han examinado muchas añagazas y conflictos armados y se han memorizado todos aquellos detalles que los cronistas árabes sólo mencionan ocasionalmente, por considerar que son hartos conocidos¹⁰.

⁸ Podemos citar como ejemplo la batalla de al-Madina que acabamos de mencionar y en la que Sawwar, acompañado de «un pequeño grupo de valientes que pertenecen a linajes árabes» consigue derrotar a un ejército «compuesto por veinte mil hombre», como resultado de una complicada e inteligente estrategia (cfr. *Muqtabis III*, pp. 56-57).

⁹ Sobre las formas de pelear de moros y cristianos, y en torno a la admiración que sienten los segundos por los primeros, véase nuestro artículo «El Cid, simbiosis de dos culturas», en *Castilla*, núms. 9-10, 1985, Valladolid, pp. 121-126.

¹⁰ Copiamos aquí el texto de la edición crítica de Menéndez Pidal (CMC, II, pp. 1048-49) aunque reproducimos la grafía de algunas palabras de la paleográfica, y empleamos cursivas para destacar aquellas frases que pensamos tienen mayor interés.

El juglar, antes de comenzar su exposición advierte a la audiencia que el Cid ha planeado una estratagema, pero no revela sus particularidades, para que el oyente siga con interés el relato e intente adivinar su desenlace.

574 Quando vio myo Çid que Alcocer non se le dava,
el *fizo vn art* et non lo detardava

Rodrigo y sus hombres abandonan precipitadamente el campamento y tras pasar junto a Alcocer, toman el camino de Jalón corriendo a todo galope y actuando como si huyeran para que el enemigo abra las puertas y se lance en su persecución.

576 dexa una tienda fita et las otras levava
coio Salon ayuso la su seña alçada
las lorigas vestidas e çintas las espadas
a guisa de menbrado por sacar los a celada

Cuando le ven los de Alcocer, empiezan a fanfarronear, y a intercambiar opiniones; unos piensan que el Cid actúa de la misma forma que lo hacen los que intentan escapar de una *arrancada* (carga repentina sobre un campamento que provoca la huida de sus moradores)¹¹; otros, que se le han agotado los víveres: es posible que muchos sospechen la trampa. Creemos que los moros, como hombres conocedores de todas las artimañas, no se tragan el anzuelo, aunque tampoco están dispuestos a desaprovechar una ocasión para conseguir botín: consecuentemente, saldrá una parte de los guerreros mientras el resto toma todo tipo de precauciones.

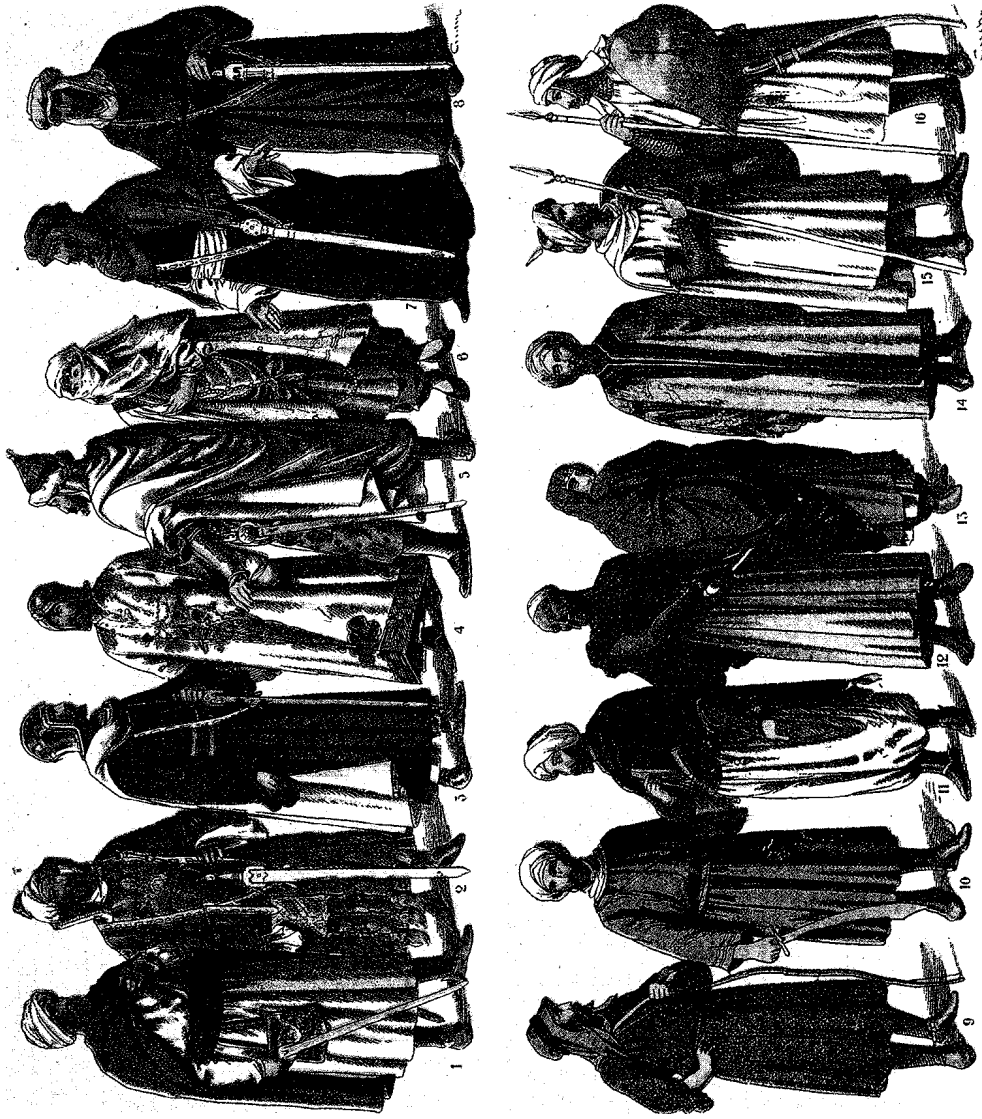
580 Veyen lo los de Alcoçer, Dios, commo se alabavan
«Fallido a a mio Cid el pan et la çevada
«Las otras abés lieva, vna tienda a dexada
*«de guisa va mio Cid commo si escapasse de arrancada
«demos salto a él e feremos grant ganancia*

585 «antes quel prendan los de Terrer si non non nos daran dent nada
«la paría qu'él a presa tornar nos la ha doblada»
Salieron de Alcocer a una priessa much estraña

El Cid al ver que los de Alcocer abandonan la fortaleza «a una priessa much extraña»¹², es decir, cabalgando al estilo moro y con cla-

¹¹ Sobre este significado véase nuestra tesis doctoral *La raíz árabe HRK y sus derivados romances*, vol. I, pp. 174-177, vol. II, pp. 171-73.

¹² El autor del Cantar usa intencionadamente una serie de voces para resaltar que el Cid cabalga y pelea al igual que los moros e incluso de «manera semejante a los berébe-



Trajes y armas de los musulmanes españoles.

1, 2, 3, 4 y 5.-Caudillos andaluces de los últimos años de la dominación musulmana. 6.-Mora principal. 7 y 8.-Jeques granadinos. 9, 10 y 11.-Soldados y capitán de comienzos de la invasión. 12.-Verdugo. 13 y 14.-Trajes del pueblo. 15 y 16.-Musulmanes al servicio de los reyes de Castilla (siglos VIII al XV).

ra intención de arrojarse sobre él, lo que podría desbaratar sus planes, arremete contra ellos para frenar su empuje, así como para mostrar que no se trata de una treta. Inmediatamente después continúa la huida cuesta abajo y lo hace de manera desordenada¹³, de modo que los moros crean que es el miedo lo que les impide coordinar sus movimientos.

588 Mio Cid, quando los vió fuera, *cogiós como de arrancada;*
cojós Salón ayuso, *con los sos abuelta anda.*

El comportamiento de Rodrigo convence a los de Alcocer de que se encuentra en apuros y éstos, temerosos de que su excesiva prudencia les haga perder una ganancia que parece segura, no se hacen más preguntas. Es entonces cuando salen todos y lo hacen sin preocuparse de cerrar las puertas y de dejar junto a ellas alguien que las guarde (cfr. vv. 686, 1713).

590 Dizen los de Alcocer: «ya se nos va la ganancia!»
Los grandes e los chicos *fuera salto dan,*
al sabor del prender de lo al non pienssan nada,
abiertas dexan las puertas que ninguno non las guarda.

res», y una de ellas es el adjetivo *extraño* que creemos emplea como equivalente a «beréber» o «al estilo beréber» y que repite en seis ocasiones: Cuando Rodrigo está en Valencia dice que su mujer va a venir «a estas tierras extrañas» (v. 1281), y el Cid ataca a los moros valencianos que le han sitiado lanzándose sobre su campamento «como hombre salido de tierras extrañas» (v. 1125), es decir, «usando la misma técnica que árabes y beréberes». Tras vencer a Fáriz y Galve «moros de las fronteras y unas gentes extrañas aguardaran a Rodrigo todos los días» (v. 840) y cuando abandona Castilla se dirige a donde habitan «gentes extrañas» (v. 176). Aquí en Alcocer los moros corren a «una prisa muy extraña» y más tarde el Campeador probara a Babieca, caballo beréber, realizando una corrida «tan extraña» (v. 1588) que provoca la sorpresa y admiración de los cristianos que la contemplan.

¹³ El desorden que simula el Cid, y que es expresado a través de *abuelta* «revuelta-mente» (cfr. CMC II, 516), tiene sentido en este contexto. Si los moros aprovechan la ocasión para atacar al enemigo cuando le ven esparcido o desorganizado (Ibn al Qūtiyya, *Iftitāh* p. 33. *Ajbār*, pp. 45, 103), con mucha más razón lo hacen cuando se trata de cristianos que suelen ir «muy ajuntados» y su desbarajuste es generalmente síntoma de que han sufrido una previa acometida.

El infante don Juan Manuel en su *Libro de los Estados*, p. 124, no olvida destacar que los cristianos deben ir siempre en buen orden y bien acaudillados, para evitar que los moros se les echen encima y añade «porque si demuestran algún miedo o espanto, o se comienzan a revolver et andar en derredor et metiéndose los unos por los otros, et faziendo qualquier muestra o contendente de miedo o espanto entiendengelo ellos muy bien. et danles gran priessa de voces et ruido et de feridas, que non se saben poner consejo los cristianos».

El Campeador, tras cumplir su propósito, hacer que salgan viejos y jóvenes y que las puertas queden abiertas, se aleja cuesta abajo con sus hombres y vuelve su cabeza a la espera de que se cree un hueco que le permita adelantar a los moros y colocarse entre ellos y el castiello. Cuando siente que ha llegado el momento, manda «tornar la seña» y grita a sus tropas¹⁴.

- 594 El buen Campeador *la su cara tornava,*
vio que entrellos y el castiello mucho avie grant plaça;
mandó tornar la seña, a priessa espoloneavan.
 «¡Firidlos, cavalleros, todos sines dubdança;
 con la merçed del Criador, nuestra es la ganancia!»

Los cristianos, obedeciendo a su señor, giran y se lanzan tras los sarracenos forzándoles a dar la vuelta para guarnecerse. Al llegar al llano se encontrarán a su misma altura lo que significa que están preparados para dar el siguiente paso, el más difícil.

- 599 Bultos son con ellos por medio de la llaña.
 ¡Dios, qué bueno es el gozo en aquesta mañana!

Ateniéndose al plan previsto una parte de las tropas del Campeador inicia un movimiento envolvente, que sólo puede ser conseguido con corceles extraordinariamente veloces y con jinetes que sepan cabalgar al estilo moro; estamos ante el comienzo de la *arrancada* que es el núcleo de la narración; los jinetes más rápidos, dirigidos por el Cid y Alvar Fáñez, se colocan a ambos flancos de los árabes y vuelven a arrear a sus caballos para efectuar el adelantamiento mientras el resto del pelotón «*les golpea sin piedad*» y, posiblemente, empieza a entremezclarse con ellos para no permitirles correr a su arbitrio. La mención de los caballos viene obligada ante la difícil maniobra que van a ejecutar.

- 601 Mio Çid e Alvar Fáñez adelant aguijavan;
 tienen buenos cavallos, sabet, *a su guisa les andan*
entrellos y el castiello en essora entravan.
 Los vasallos de Mio Çid sin piedad les davan,
 605 en un poco logar trezientos moros matan.

Los moros, al darse cuenta de que han caído en una trampa, dan grandes alaridos¹⁵ para espantar a los vasallos del Cid que les atacan y

¹⁴ Sobre la expresión *firidlos caballeros*, véase don Juan Manuel, *ob. cit.*, p. 120.

¹⁵ El «dar alaridos», que nuestros cronistas lo consideran siempre característica propia de moros, amedrantaba a los cristianos que, como bien señala don Juan Manuel, «*no saben sofrir el su roido ni las sus voces*» (*ob. cit.*, p. 124).

obstaculizan sus movimientos, pero pronto comprenderán que sus esfuerzos son vanos y nada pueden hacer para evitar que parte de los jinetes les adelanten.

606 Dando grandes alaridos los que estan en la çelada¹⁶,
dexando van los delant.

Este es el punto culminante de la narración ya que la audiencia está convencida de que el desenlace consiste en la entrada a la fortaleza, cuyas puertas están abiertas. El juglar va a cantar algo muy distinto que quedará grabado en la mente de los que le escuchan: cuando los jinetes que han rebasado a los sarracenos llegan al castillo, frenan en seco y a la vez que sacan sus espadas, dan media vuelta de un salto y arremeten contra los moros que van en cabeza, sorprendiendo, de esta forma, a unos hombres que corren con sus sables enfundados y no pueden contestar a sus golpes. La presión de los cristianos que cabalgan a sus espaldas y por los lados, rodeándoles, traerá su completo aniquilamiento, ya que los de Alcocer se verán empujados por todas partes y no encontrarán una vía de escape ni espacio para revolverse.

607b *por el castillo se tornavan,*
las espadas desnudas, a la puerta se paravan.
Luego llegan los sos, *ca fecha es el arrancada,*
Mío Cid gañó Alcocer, *sabet, por esta maña.*

El Cid sabe muy bien que la victoria no se consuma mientras quede alguien con vida y es por ello que permanece en el campo y sólo un hombre, Pero Vermúdez, penetra en Alcocer para poner su seña en lo alto de Castillo. El y el resto de las tropas recorren el terreno donde ha tenido lugar la batalla con la intención de apresar a los supervivientes y tomar las armas y caballos de los vencidos. El panorama que tienen ante sus ojos les hace ver que ya son dueños de la fortaleza y que cuentan con un valioso botín y es entonces cuando el Cid dirigirá la palabra a sus mesnadas para subrayar el significado de la riqueza conseguida e indicarles que no deben descabezar a los heridos ni tam-

¹⁶ Se ha discutido mucho si *celada* se usa aquí en el sentido de «emboscada» o de «trampa». Menéndez Pidal y Colin Smith se inclinan por el primer significado (cfr. *CMC* II, p. 571 y Colin, *ob. cit.*, p. 117), Ramsden y Hanssen por el segundo (Ramsden, *ob. cit.*, p. 130). Personalmente creemos que los tres testimonios de *celada* de este relato son claramente representativos de la acepción «engaño, argucia, trampa»: el Cid mediante «una argucia» o «con engaño» les hace salir de Alcocer (vv. 579, 631), y los que «caen en su trampa» (v. 606) no podrán evitar, primero, dejarse adelantar, después, ser completamente aniquilados.

poco a los que se encuentran en la ciudadela. Dado el exiguo número de los que permanecen con vida es más útil apoderarse de sus casas y pertenencias y tomar a los vencidos a su servicio.

- 611 Vino Per Vermudoz, que la seña tiene en mano,
metióla en somo en todo lo mas alto.
Fabló mio Çid Roy Díaz, el que en buen ora fue nado:
«grado a Dios del cielo a todos los sos santos,
«ya mejoraremos posadas a dueños e a caualllos.
- 616 «Oíd a mí, Albar Fáñez e todos los cavalleros!
«*En este castiello grand aver avemos preso;*
«*los moros yazen muertos, de bivos pocos veo.*
«Los moros e las moras vender non los podremos,
«que los descabeçemos nada non ganaremos;
«*cojamos los de dentro, ca el señorío tenemos;*
«posaremos en sus casas e dellos nos serviremos».

En resumen, Alcocer se conquista gracias a una treta que consta de dos maniobras y de las acciones que se tuvieron que improvisar. La primera es una «huida fingida» que reviste características muy comunes. Rodrigo y sus hombres abandonan el campamento de manera precipitada, simulando que han sido atacados e intentan huir de sus agresores, y pasan a todo galope por delante de la fortaleza enemiga para que salgan en su persecución; en este caso en particular se hace, además, necesario lograr que no queden en el castillo guerreros que puedan acudir en ayuda de sus compañeros y atacar a los cristianos por la espalda, cuando tenga lugar la batalla final, frente a las puertas de la ciudadela.

La segunda y más importante es un ejercicio ecuestre llamado *hara-ra*¹⁷, que consiste en lanzar un caballo a todo galope y seguirle arreando hasta llegar a un muro donde se le obliga a parar en seco y dar media vuelta mientras el jinete desenvaina la espada. Aquí en Alcocer será ejecutado por el Cid y Alvar Fáñez, así como por una pequeña parte de los que han adelantado a los moros, mientras que el resto de las tropas jugará un papel complementario. A nuestro entender, en el momento en que los primeros paren ante la puerta o a los pies de la muralla y tornen para arremeter contra los sarracenos que corren en

¹⁷ Véase nuestra tesis doctoral vol. I, pp. 152, 221-22 y Dozy, *Suppl.* I, 276. La existencia en Al-Andalus de caballos especiales para ejecutar arrancadas se documenta en el *Ajbār Maşmū'a*, pp. 129-30, mientras que es Ibn Hayyān el que habla de la admiración que sentían los árabes cuando contemplaban a los beréberes ensayando ejercicios ecuestres y realizando evoluciones sobre sus caballos (cfr. «Al-Hakam y los beréberes» en AA, XIII, p. 217).

cabeza, y entre los cuales estarán los caudillos, los que les siguen con caballos especiales, darán un salto y girarán para arrojar sobre los moros que cabalgan a su lado¹⁸; simultáneamente, el grueso del pelotón, situado a sus espaldas, les empujará hacia adelante, lanzándoles contra sus propios compañeros. En resumen, la «maña» llamada *arrancada*, al cerrar la última vía de escape, permitirá que el ejército de Rodrigo se convierta en una especie de abrazadera que irá estrangulando a los sarracenos hasta conseguir su completo aniquilamiento.

Creemos que este precioso relato de Alcocer no responde a un hecho histórico, sino que se ha fraguado en la mente de un poeta que ha querido engrandecer la figura del héroe haciéndole ejecutar una carrera que, dada sus dificultades, solamente era practicada por los hombres a los que todos consideraban los mejores jinetes, los beréberes. En uno u otro caso el texto que acabamos de presentar tiene para nosotros una importancia capital. Por un lado, su lectura nos sugirió la existencia de relaciones de conjunción entre el árabe *haraka* y el romance *arrancada* y, consecuentemente, decidimos iniciar una investigación que permitiría descubrir el étimo de *arrancar*. Por otro, el convencimiento de que su autor poseía una sabiduría bélica nada común nos impulsó a dedicar algún tiempo al estudio de las descripciones de batallas que aparecen en las fuentes cristianas, trabajo del que hemos extraído la siguiente conclusión: Los cronistas y poetas medievales, a pesar de vivir un período en el que eran frecuentes las guerras entre moros y cristianos, conocen de manera muy superficial las técnicas bélicas del elemento tribal y los vocablos que emplean los guerreros para definirlos. En términos generales podemos señalar que describen con bastante corrección las añagazas o tipos de ataque que se repiten con mayor asiduidad, es decir, *la celada*, *el torna-fuye*, *la algara* y *el rebato*, así como los principales movimientos que forman parte de la llamada *lid campal*¹⁹, y que cometen graves errores cuando se ven forzados a narrar astucias más complejas o cuando dejan correr su pluma para explicar los pormenores de un enfrentamiento o la manera de

¹⁸ El juglar conoce perfectamente que no son los cristianos, sino los árabes y beréberes los que cuentan con caballos entrenados, y los que saben correr a todo galope y parar en seco o dar media vuelta de un salto para arrojar sobre los que cabalgan tras ellos o a su lado. Este hecho le llevará a incluir en su poema un alto número de versos donde destaca que el Cid y sus amigos cabalgan y pelean «a lo moro» y que cuentan con los medios necesarios para hacerlo. Sobre los versos que tratan de las habilidades ecuestres de Rodrigo y sus tropas así como de la procedencia y cualidades de sus caballos, véase nuestro artículo «El Cid, simbiosis de dos culturas», pp. 125-26.

¹⁹ Denominamos *lid campal* a un tipo específico de batalla cuyas características explicamos ampliamente en nuestra tesis doctoral, vol. II, pp. 528-533.

conducirse y pertrecharse los guerreros. De la misma forma hemos de destacar que la lectura de un alto número de fuentes en prosa y verso²⁰ nos ha llevado a descubrir significados de términos militares que únicamente se documentan en el *Poema de Mio Cid* y nos ha dado a conocer que ningún escritor de raza «hispana» trata el tema bélico con la pericia que lo hace el autor del *Cantar*.

Dado que son muchos los textos que hemos reunido con el propósito de defender las precedentes afirmaciones, se ha creído conveniente reservarlos para un futuro artículo y aprovechar el que aquí nos ocupa para presentar dos ejemplos significativos: el relato de la toma de Alcocer que trae la *Primera Crónica General* y el de la *Crónica de Veinte Reyes*.

VERSIÓN MANIPULADA DE LA PCG

Pensamos que el examen comparativo de los versos que acabamos de ofrecer y de los párrafos de la PCG donde se describe la conquista de Alcocer, pone de manifiesto que el copista alfonsí tuvo en su poder el manuscrito del *Cantar* y no una refundición perdida, como se ha venido afirmando, y que las diferencias que se dan entre ambas versiones tienen una sola explicación: el escritor que trabaja en las escuelas alfonsíes no ha comprendido la táctica que emplea el Cid en Alcocer, al desconocer las técnicas de combate propias del mundo del Islam, así como las acepciones de carácter militar que atribuye el juglar al sustantivo *arrancada*. Consecuentemente suprime todo aquello que no entiende y efectúa interpolaciones, lo que hará que termine elaborando una burda versión que, por alejarse claramente de la que tiene ante su vista, ha hecho pensar en la existencia de una fuente distinta.

En defensa de la tesis que acabamos de formular iremos presentando en columnas paralelas los textos del CMC y de la PCG²¹ y los

²⁰ Véase *ibíd.*, vol. I, pp. 27-30 y vol. II, pp. 479-483, 485, donde informamos de las fuentes utilizadas para reconstruir la historia de *arrancar* en el campo bélico. En términos generales podemos señalar que hemos examinado todas las crónicas escritas con anterioridad a 1350, así como los textos épicos conservados y las obras más importantes del *Mester de Clerecía*.

²¹ Utilizamos la edición de Menéndez Pidal, *Primera Crónica General de España*, Madrid, Gredos, 1955.

acompañaremos de comentarios, de modo que sea fácil percibir cuáles son las partes que no ha entendido²².

El escritor o copista alfonsí comienza prosificando los primeros versos, y sólo realiza pequeños cambios que pasan desapercibidos; unos se deben al deseo de completar o explicar (siempre inadecuadamente), las frases que lee, otros al propósito de suprimir las que considera innecesarias, como es el hecho de señalar que los hombres del Cid llevan las espadas envainadas, síntoma de que su única preocupación es correr lo más rápido posible para huir.

CMC, versos 574-624

*Quando vío myo Çid
que Alcocer non se le daua,*

él *fizo vn art* et non lo detardaua:

dexa vna tienda fita
et las otras leuaua,

*Coio Salon ayuso la su seña
alçada.*

Las lorigas vestidas et çintas las
espadas, **a guisa de membrado,
por sacar los a çelada.**

Veyen lo los de Alcoçer,
Dios, commo se alabauan!

«*Fallido a a myo Çid el pan et
la ceuada*

PCG, 526 b2 - 527 a16

Et desqui uio que non podie auer
aquel castiello,

fizo la maestria que agora diremos:

Mando dexar una tienda en la bastida
et arrancar todas las otras et cargar
pora yrse; et caualgaron ell et Aluar
Hannez con todas sus compannas, et

*cogieronse Salon a ayuso, su senna
alçada*

faziendo muestra que se yuan.

Los moros de Alcocer quando lo uie
ron, començaronse de alabar que
fueran esforçados et que se touieran
bien,

et dizien: «*fallido les el pan et la
çeuada al Cid;*

²² Copiamos, en este caso, la edición paleográfica del *Cantar*, aunque seguimos la crítica en lo que respecta al uso de mayúsculas, a la separación de palabras y a la grafía de algunos nombres propios, y, para mayor claridad, utilizamos los siguientes tipos de letras: *cursiva* cuando deseamos destacar la copia literal de frases, incluyendo aquellas que contienen alguna palabra que el autor ha actualizado y *negritas*, cuando el sentido de ambas versiones difiere y siempre que intentemos llamar la atención sobre algo que ha omitido o se ha inventado. Dejamos la *redondilla* cuando el autor de la PCG expresa con sus propias palabras las mismas ideas que aparecen en los versos, así como para interpolaciones o supresiones que no consideramos relevantes.

*Las otras abés lieua,
vna tienda a dexada.*

*et las otras tiendas apenas las lieua
cuando aquella alli dexa».*

«De guisa va myo Cid
como si escapasse de arrancada;

El Cid con tod esto, yuasse quanto
podie, *faziendo semeiança que
escapaua de arrancada.*

*«demos salto a el
et feremos grant ganança,*

Et dixieron entonces los moros de
Alcocer: «*demos salto en el et desba-
ratar lemos, et faremos y grant
ganancia*

*«antes quel prendan los de Teruel,
si non
non nos daran dent nada;*

*ante que le prendan los de Teruel²³;
ca si los de Teruel le prenden,
no nos daran ende nada,*

«la paria qu'él a presa
tornar nos la ha doblada».

et las parias que de nos a lcuadas,
dobladas nos las tornara»

*Salieron de Alcocer
a una priessa much estraña.*

Et salieron a grand priessa tras el.

En el siguiente párrafo el cronista efectúa un claro y torpe cambio al no conocer uno de los primitivos significados de *arrancada* que se repite en el Cantar, el de «ataque repentino» o «carga de caballería». En los círculos donde se mueve el juglar la voz *arrancada* se usa sólo como sustantivo (aunque vaya precedida de la preposición *de*) mientras que, a partir de finales del XIII, la expresión *de arrancada* es utilizada por los cronistas y poetas con valor adverbial para designar «corriendo a todo galope» o «deprisa»²⁴. Si bien en la primera *arrancada* (cfr. supra v. 583) no ha tenido problemas al acoplarse ambas acepciones al texto, los va a tener en ésta, por ignorar que *coger a uno como de arrancada* es «arremeter contra él de la misma forma que se hace en una *arrancada*». Para salir del apuro va a elaborar un párrafo en el que tenga cabida ese sentido que se populariza en época posterior, pero lo hace sin ninguna habilidad. El deseo de justificar una interpretación, que no parece convencerle, le lleva a repetir la idea de «ir de-

²³ Escribimos Teruel y no Terrel, como Menéndez Pidal, al comprobar por sus notas a pie de página que todos los manuscritos traen Teruel o variantes de este nombre.

²⁴ Sobre los significados nominales y adverbiales de *arrancada*, véase nuestra tesis vol. II, pp. 571-595.

prisa» y a pasar por alto unos versos que no encajan con el pensamiento anterior y a través de los cuales el juglar indica que Rodrigo retoma el camino de Jalón fingiendo desorden.

mio Cid, *quando los vió fuera,*

cogió como de arrancada;

coios Salon ayuso,
con los sos **abueta anda.**

Dizen los de Alcocer:
«*ya se nos va la ganancia!*»

El desque fueron allongandose de la villa, cato el Çid empos de si,

et quando los uio, plogol mucho, ca aquello era lo que el querie; et por allongarlos mas del castiello, **penso de andar como quien ua arrancado.**

Los de Alcocer quando assi le uieron **yr apriessa,**

dixieron: «*vassenos la ganancia que cuedaramos auer; et andemos mas,* en guisa que los alcancemos

Una vez salvado este primer escollo vuelve a ajustarse a los versos del Cantar, aunque sigue suprimiendo algunas frases que no considera necesarias, y efectúa dos torpes interpolaciones: primero indica que salen peones, hecho inadmisibile, ya que no podemos creer que gentes a pie persigan a jinetes que corren a todo galope; después, dice que «todos» lidian de vuelta lo que no es cierto. En el momento en que llegan al llano, sólo una parte sigue atacando, mientras que los jinetes con caballos especiales se desplazan a los costados para lanzarse tras el Cid y Alvar Fáñez, y hemos de pensar que llevan sus sables envainados para poder así correr más deprisa.

Los grandes e los chicos
fuera salto dan.

al sabor del prender
de lo al non pienssan nada,

abiertas dexan las puertas
que ninguno non las guarda.

El buen Campeador
la su cara tornaaua,

Et **començaron todos a correr,** qui mas et qui mas **de pie et de cauallo.**

Et tanto auien sabor de prender al
Çid et a sus compannas *que non*
cataron por al

et dexaron las puertas abiertas del
castiello et desamparadas de toda
guarda.

Torno estonces el Çid la cara,

vio que entrellos et el castiello
mucho auie grant plaça;

*mandó tornar la seña,
a priessa espoloneauan.
«!Firidlos, caualleros,
todos sines dubdança;
con la merced del Criador
nuestra es la ganancia!»*

Bueltos son con ellos
por medio de la llaña.
¡Dios, qué bueno es el gozo
en aquesta mañana!

*Mio Cid e Alvar Fáñez
adelant aguijavan;*

tienen buenos cavallos
sabet, **a su guisa les andan;**

*entrellos y el castiello
en essora entran*

et uio como eran bien allongados
del castiello,

*et mando tornar su senna apriessa
contra ellos; Et esforçando sus cau-
lleros, mandoles que firiessen en los
moros muy de rezio*

et friendolos, boluieronse con ellos
por el campo

Mas demiente que todos lidiauan de buelta

*El Çid et Aluar Hannez aguijaron
adelant*

en buenos cauallos que trayen

*et entraron entre ellos et el
castiello*

El copista alfonsí, tras señalar que el Cid y Alvar Fáñez entran «entre los moros y el castillo», se encuentra con graves problemas para continuar la narración ya que no comprende el significado de los versos siguientes que son los que describen esa extraña maniobra que se denominó en árabe *haraka* y que sólo en los labios del juglar recibe el nombre de *arrancada*. Sintiéndose incapaz de interpretarlos decide olvidarse de ellos e inventarse un hecho que no ha acaecido, pero que dados sus escasos conocimientos bélicos a él le parece el más lógico: «las tropas del Cid entran en la fortaleza sin encontrar obstáculo alguno». A continuación y satisfecho de su «arreglo» vuelve de nuevo a ajustarse a la fuente y repite las palabras que el Cid dirige a sus hombres, pero el «añadido» le va a plantear nuevos problemas como más tarde veremos:

Los vasallos de Myo Çid
sin piedad les davan,
en un ora e un poco logar
trezientos moros matan

Dando grandes alaridos
 los que están en la celada,
dexando van los delant,
por el castillo se tornauan,
las espadas desnudas
a la puerta se parauan
 luego llegan los sos,
ca fecha es la arrancada.
 Myo Cid **gañó Alcocer.**
 sabet, **por esta maña.**

**Et desi acogiense al castiello, et
 entraronle, luego que non fallaron
 y embargo ninguno**

*Vino Pero Vermuez, que la
 seña tiene en mano, metiola
 en somo en todo lo mas alto.*

*Et fue luego Pero Uermudez et puso
 la senna en lo mas alto lugar que en
 el castiello fallo.*

Fablo myo Cid Ruy Diaz,
 el que en buen ora fue nado:
 «Grado a Dios del cielo
 e a todos los sos santos.

Estonces el Çid con gran alegria que
 auie dixo a todas sus compannas:
 Loado a Nuestro Sennor Dios
 et a los sos santos

*Ya meioraremos posadas
 a dueños e a caualllos.*

*ya meioraremos las posadas
 los duennos et los caualllos.*

«Oyd a mi, Albar Fañez
 y todos los caualleros!
En este castiello
 grand auer **auemos preso;**

Et de como yo cuedo, *en este castiello*
castiello a grand auer.

La lectura de la parte final del relato delata de nuevo la existencia de manipulaciones. Si antes el copista, por desconocer la forma correcta de actuar cuando concluye una batalla, ha señalado que las tropas entran en la fortaleza (sin comprobar los daños infringidos y recoger el botín), ahora, tampoco se va a dar cuenta de que las palabras pronunciadas por el Cid sólo pueden salir de labios de un hombre que se encuentra en el campo de batalla y no dentro de Alcocer. Empieza suprimiendo los dos primeros versos, consciente de que los muertos están «fuera»; después intenta corregir al juglar, al no entender el por qué no deben vender a los supervivientes, y, finalmente, sustituye la frase *cojamos los de dentro* por *cojamos aca dentro los que fincaron fuera*, hecho revelador de que su torpeza llega a límites insospechados ya que resulta inconcebible pensar que Rodrigo se va a preocupar de

meter en la ciudad los cadáveres que han quedado en el campo, como lo es también el afirmar que los «difuntos» les mostrarán dónde han escondido sus riquezas.

**los moros yazen muertos,
de biuos pocos veo.**

Los moros e las moras
vender non los podremos.
que los descabeçemos
nada non ganaremos.

et moros et moras que fincan aun y;
et *podemoslos vender et matar;*
mas pero si los mataremos
non ganaremos y nada;

Coiamos los de dentro,

et tengo que ualdra mas que **coiamos aca dentro aquellos que fincaron fuera**

ca el señorío tenemos;

posaremos en sus casas

et ellos que saben la villa, **mostrar-nos han** buenas posadas et los aueres que yazen escondidos en las casas,
et seruir nos hemos dellos».

e dellos nos seruiremos».

Creemos que en estas páginas hemos demostrado ampliamente que la toma de Alcocer de la PCG debe considerarse una prosificación manipulada del texto del Cantar y que se hace preciso revisar los juicios que se han venido emitiendo como resultado del estudio contrastado de ambas versiones. A nuestro entender queda claro que el cronista alfonsí «no utiliza una fuente distinta», tesis comúnmente admitida, ni tampoco «racionaliza» el relato del Cantar «*que estaba demasiado corrompido para ser entendido*», como señala Colin Smith²⁵. El juglar es el que se expresa nítidamente y el copista el que lo hace de manera confusa e inapropiada y lo importante para nosotros es comprender que la «impericia» del segundo no representa un caso aislado. Todos sabemos que los escritores alfonsíes trabajaban en equipo y bajo la supervisión del monarca, quien incluso gustaba corregir los borradores²⁶ y ello hace suponer que la «confusa» narración del Cantar pasó por muchas manos sin encontrar un lector que comprendiendo su contenido pudiera prosificarla de manera adecuada. La incapacidad de los colaboradores del monarca para describir guerras propias

²⁵ SMITH, Colin: *Ob. cit.*, p. 119.

²⁶ PCG, ed. Menéndez Pidal, Madrid 1955, pp. XV-XVI; SOLALINDE A. G.: «Intervención de Alfonso X en la redacción de sus obras», en *RFE* II, 1915, p. 286; RÍOS, Amador de los: *Historia Crítica*, III, 1863, pp. 567-69.



unreputansibla.

La Infantería y la caballería de los reinos hispanocristianos en el siglo X, según una miniatura del manuscrito de los *Comentarios al Apocalipsis*, del Beato de Liébana.

de moros, sin cometer graves errores, debió ser norma general ya que se detecta igualmente en el relato que nos ofrece un segundo copista, el de la *Crónica de Veinte Reyes*, que pasaremos a ofrecer y comentar.

LA TOMA DE ALCOCER EN LA CRÓNICA DE VEINTE REYES

Copiamos aquí la versión que de la toma de Alcocer trae la *Crónica de Veinte Reyes*²⁷, obra redactada por un escritor que tiene en su poder tanto la PCG como el códice del Cantar que hoy se conserva, y que, según Menéndez Pidal²⁸, utiliza dichas fuentes de la siguiente manera: En la primera parte de su crónica (donde se localiza el pasaje de la toma de Alcocer) sigue a la PCG «abreviando bastante la forma de expresión», aunque toma como guía el *Cantar* para el párrafo que corresponde a los versos 495-505. Desde el lugar donde se refiere la toma de Murviedro, es decir, desde el verso 1094, abandona la crónica alfonsí para pasar a prosificar el *Cantar*.

Personalmente creemos que, en lo que respecta a la toma de Alcocer, el autor de la *Crónica de Veinte Reyes* no ha conseguido descifrar la maña que, según el juglar, emplea Rodrigo y ha pensado que podía ofrecer un texto bastante convincente si tomaba como base la versión de la PCG y adoptaba el sistema que a continuación detallamos: a) Suprimir todas las frases que le resultaban confusas o innecesarias; b) redactar de nuevo algunos párrafos con la finalidad de exponer las mismas ideas de forma más clara y concreta; c) tomar del Cantar un dato, la muerte de trescientos moros, que ha pasado desapercibido al redactor de la PCG, y d) inventarse aquellos hechos que él supone han podido acaecer y no son señalados en ninguna de las dos fuentes que conoce.

A nuestro entender, los «arreglos» que ha realizado no le permiten mejorar la versión de la PCG y termina ofreciendo un relato, tan inverosímil e incongruente como el del primer copista alfonsí. Es cierto que se expresa de manera más correcta, lo que induce a engaño, y que ha suprimido algunas absurdas interpolaciones (como la de «*cojamos*

²⁷ Conocemos la versión de la *Crónica de Veinte Reyes* gracias a la amabilidad de nuestro director de departamento, don César Hernández, que está trabajando, junto con otros prestigiosos catedráticos de la Universidad de Valladolid, en los manuscritos de la mencionada obra, cuyo contenido será dado a la luz en fecha temprana.

²⁸ CMC, I, pp. 134-5. Colin Smith en *ob. cit.*, p. 119, nota 2, coincide con Menéndez Pidal en creer que la CVR se basa en la PCG.

aquí dentro...»), pero también ha eliminado frases claves que el anterior había tomado del Cantar, no ha corregido los errores de fondo que contiene la fuente en la que se basa (como es la entrada en el castillo), ni ha aportado ninguna idea nueva, que demuestre que ha comprendido la argucia de Alcocer o que es capaz de elaborar una narración que tenga visos de realidad. La interpretación que nos ofrece hemos de calificarla de absurda, y está plagada de gravísimos errores, que iremos destacando a medida que presentamos su texto²⁹.

En la primera parte del relato, que no plantea problemas, el autor de la *Crónica de Veinte Reyes* sigue con bastante fidelidad la PCG aunque suprime un párrafo y, consciente de que el texto que tiene ante su vista no contiene ninguna treta digna de ser destacada, sustituye la frase en la que se anuncia el empleo de una astucia, por otra, donde repite una idea que aparece unos renglones más abajo: «*el Cid finge que se va*».

PCG, 525 b 2 - 527 a 16

*Et desde uio que non podie auer
el castiello,*

fizo la maestria que agora diremos:

Mando dexar una tienda en la bastida,
et arrancar todas las otras et cargar
pora irse et caualgaron ell et Aluar
Hannez con todas sus compannas, et
cogieronse Salon ayuso, la su senna
alçada, *faziendo muestra que se yuan.*

*Los moros de Alcocer quando lo uie-
ron començaronse de alabar que
fueran esforçados et que se
touieran bien,*

et dizien: «fallido les el pan et la
ceuada al Cid; et las otras tiendas
apenas las lieua cuando aquella
alli dexa».

CRONICA DE VEINTE REYES

*e quando vio que non podia aver
el castillo*

fizo enfinta que se yva,

e mando coger todas las tiendas,
synon vna sola que dexo en esa
bastida, e fizo cargar, e caualgaron
todos, e pensaron de andar a mas
poder, Salon ayuso, *faziendo
muestra commo que se yuan.*

*Los moros, quando lo vieron yr,
començaronse de alabar commo
fueran esforçados et que se
touieran bien,*

e dixeron que non leuaua el Cid
vianda ninguna nin avn las tien-
das, pues que aquella dexaua alli.

²⁹ De nuevo colocamos en columnas paralelas lo que se considera fuente y copia y utilizamos diversos tipos de letra ateniéndonos a los criterios seguidos con anterioridad, en el análisis contrastado del Cantar y de la PCG.

El Cid con tod esto, yuasse quanto
podie, faziendo semeiança que es-
capaua de arrancada

Et dixieron estonces los moros de
Alcocer: «**demo salto en el** et des-
baratar lemos, et faremos y grant
ganança ante que le prendan los de
Teruel,

*ca si los de Teruel le pren-
den, no nos daran ende nada,*

*et las parias que de nos a leuadas,
dobladas nos las tornara»*

e ovieron su acuerdo de yr en pos
dél e del desbaratar
antes quel prisiesen los de
Teruel,

«*ca sy lo ellos prenden*», dixeron
ellos, «*non nos daran nada* de la
ganancia, e sy lo nos desbaratáre-
mos,

*tornarnos ha las rriendas que de
nos leuo dobladas».*

En el pasaje donde narra la persecución del Cid, en vez de acudir al Cantar para corregir los errores cometidos por el escritor de la PCG, se limita a copiar al anterior y a suprimir algunas frases, haciendo que los desaciertos resulten más patentes. En el poema se dice que salen sucesivamente dos grupos de moros y se explican los motivos que llevan al segundo a dejarse las puertas abiertas. En la PCG y en la *Crónica de Veinte Reyes*, se cuenta que las gentes de Alcocer «*salen a gran priesa*» y se lanzan tras los cristianos, y que, poco después, «*comienzan*» a correr, afirmación sorprendente, pues nos hace pensar que antes iban despacio; en la *Crónica de Veinte Reyes*, al no incluirse la frase «*non cataron por al*», se expone un hecho inaudito: los moros «se dejan las puertas abiertas» sin otra razón que el placer de perseguir al Campeador.

Et salieron a grand priessa tras el

*Et desde fueron allongandose de
la villa, cato el Çid empos si, et
quando los uio, plogol mucho,
ca aquello era lo que el querie;
et por allongarlos mas del castiello,
pensso de andar
como quien ua arrancado*

*Los de Alcocer quando assi le uieron
yr apriessa, dixieron:*

E salieron a grant priesa y fueron
en pos dél,

*e desde se fueron alongando de
la villa cató el Çid en pos de sy, e
quando los vio plúgole mucho*

*e por allongarlos bien del castiello
fizo un ademán
que se yuan a mas poder.*

*Los de Alcocer quando los asi vie-
ron yr a grand priesa dixeron:*

«vassenos la ganancia que cuedaramos auer; et andemos mas, en guisa que los alcancemos».

«Vasenos la gañancia que cuydaramos aver, e andemos mas, en guisa que los alcançaremos».

Et començaron todos a correr, qui mas et qui mas, de a pie e de cauallo. Et tanto auien sabor de prender al Çid et a sus companans **que non cataron por al.**

E començaron todos a correr, de a pie e de cauallo. Et tanto ovieron de grand sabor de yr en pos del Çid

et dexaron las puertas abiertas del castiello et desamparadas de toda guarda.

que dexaron las puertas del del castillo abiertas.

El análisis de los párrafos donde se supone va a explicar los medios de los que se sirven los cristianos para derrotar a los moros y conquistar su fortaleza, pone de manifiesto la incompetencia del narrador. Primero silencia la frase donde se indica que el Cid y Alvar Fáñez aguijan adelante mientras otros guerreros pelean con los moros y, como resultado, pasa a afirmar que los caudillos se encuentran en dos sitios distintos, es decir, están lidiando de vuelta con el resto de las tropas y a la vez, sólo ellos entran entre los moros y el castillo. A continuación copia del Cantar la noticia de que matan a trescientos moros, pero no la inserta en el lugar adecuado como lo hace el juglar: «los vasallos de Mio Cid, sin piedad les daban, en un poco lugar trescientos moros matan», sino detrás de la frase «entre ellos y el castillo» lo que hace que su «mataron allí...» se asocie con un lugar donde no hay ningún moro. Finalmente elabora de su cosecha un párrafo cuyo contenido es pura fantasía, ya que no podemos de ninguna forma admitir que el Cid y Alvar Fáñez se metan en la fortaleza mientras el resto de las tropas está peleando fuera y jugándose allí la victoria o la derrota. Como caudillos su misión es desempeñar el papel más peligroso y estar junto a sus hombres en los momentos difíciles, y no hay duda de que los moros habrían ganado la batalla final si el Cid hubiera hecho lo que cuenta este narrador.

Torno estonces el Çid la cara,
et uio como eran bien allongados del castiello,
et mando tornar su senna apriessa
contra ellos

E el Çid quando vio que eran tan bien alongados del castillo,
torno contra ellos

et esforçando sus caualleros, **mandoles que firiessen** en los moros muy de rezio; et firiendolos, boluieron con ellos por el campo.

Mas demientre que todos lidiauan de
buelta *el Cid et Aluar Hannez agui-*
jaron adelant en buenos cauallos
que trayen, et entraron entre los
moros et el castiello.

e lidiando todos de buelta
entro el Çid e Aluar Fañes entre
ellos e el castillo,

**e mataron ally mas de trezientos
moros.**

**El Çid e Aluar Fañes, demientra
que la otra caualleria lidiaua con
los moros, fueronse quanto mas
pudieron para el castillo e**
entraronle luego.

Et desi acogiense al castiello, *et*
entraronle luego que
non fallaron y embargo ninguno.

El final de su relato es también inaceptable y está lleno de incongruencias. Nada nos dice de lo que ha sucedido con los moros y cristianos que «*estaban peleando de vuelta*», por lo que no sabemos si los primeros han huido con sus caballos y armas o han sido masacrados, y tampoco si se ha recogido botín. Este autor se limita a indicarnos que Pero Vermúdez, «*que tenía la seña del Cid*» (frase copiada del *Cantar*), coloca la bandera en lo más alto de la fortaleza, para pasar a informar del breve discurso que pronuncia Rodrigo y concluir con un párrafo inventado por él y en el que expone una serie de hechos que nunca han podido tener lugar. Es imposible que encuentren en la villa «*muchos moros*» ya que de haber quedado hombres, éstos habrían salido en ayuda de sus conciudadanos y las puertas no seguirían abiertas. De la misma forma es extraño que este escritor no sepa que la verdadera riqueza para un guerrero reside en los caballos³⁰, que olvida mencionar, aunque se aluda a ellos en la *PCG* y en el *Cantar*, y que el auténtico botín se encuentra siempre en el lugar donde se celebra la batalla y nunca en las casas o rincones de una ciudadela.

Et fue luego Pero Uermudez
et pu so la senna en el mas alto
logar que en el castiello fallo.

E Pero Bermudes, que tenia la
seña del Cid, fuese luego quanto
mas pudo para el castillo
e puso la seña en el mas alto
logar que avia.

³⁰ No podemos olvidar que en la poesía beduina, tal y como señala Blachere (*Histoire de la littérature arabe*, III, París, 1964, p. 570), la riqueza aparece siempre representada por la posesión de caballos, y que en el *Cantar* los caballos son considerados como el botín más preciado.

*Estonces el Çid con gran alegria
que auie, dixo
a todas sus compannas:*

*El Çid con el grand plazer que
auia dixo:*

«Loado a Nuestro Sennor Dios
et a los sus santos,
*ya meioraremos las posadas
los duennos et los cauillos.*

«Amigos, graçias a nuestro señor
Ihesu Christo
que meioraremos las posadas».

Et de como yo cuedo, en este castiello
a grand auer, et moros et moras que
fincan aun y; et podemoslos uender
et matar: mas si los mataremos non ga-
naremos y nada et tengo que ualdra mas
*que coiamos aca dentro los que finca-
ron fuera,*
et ellos que saben la villa, mostrarnos
an buenas posadas et los aueres que
yazen ascondidos en las casas,
et seruir nos hemos dellos».

**Ca entonçes el Cid mando escodri-
ñar toda la villa e fallaron y
muchos moros e muchas moras,
que yazian escondidas, e mucho
oro e mucha plata e otro aver muy
grande.**

En resumen, el texto de la *Crónica de Veinte Reyes* puede, a primera vista, sonar más real que el de la PCG, en el momento en que su autor ha suprimido párrafos y frases que resultaban confusos, o difíciles de entender, pero jamás sería admitido por un lector que tuviera un mínimo de conocimientos de técnicas de combate. Si el relato de la PCG es obra de un copista inhábil, el de la *Crónica de Veinte Reyes* se debe a la pluma de un hombre que ha inventado un tipo de conflicto armado que nunca ha podido suceder. Su conquista de Alcocer no es fruto de una estratagema sabiamente planeada, ni de una batalla en la que se aniquila al enemigo, sino el epílogo de una serie de escaramuzas absurdas que, de haberse llevado a cabo, jamás habrían permitido la toma de una fortaleza.



Mooros Algarbes.
Siglo del XIII al XV.

CONCLUSIONES

El estudio de la batalla de Alcocer permite extraer interesantes conclusiones así como efectuar algunas sugerencias que atañen al autor del Cantar.

Si nos centramos en las teorías que se han defendido como resultado de otros trabajos sobre el mismo episodio, podemos hacer las siguientes rectificaciones:

a) El relato del Cantar no es «confuso» sino una obra maestra en la que no falta ningún detalle y que ha sido elaborado por un hombre que posee una gran sabiduría bélica y se expresa de manera clara y precisa.

b) El manuscrito hoy conservado, u otro idéntico, estuvo en manos de los colaboradores de Alfonso X, y fue la fuente que utilizó el copista de la PCG, mientras que otros redactores sólo acudieron a él para reproducir algunas frases, posiblemente por considerarlo demasiado difícil de interpretar.

c) Las versiones de los cronistas alfonsíes no son «más racionales» ni «más simples» y sus omisiones tampoco responden al deseo de «enfaticar lo que es lógicamente necesario», o al propósito de «conseguir que se entiendan las acciones descritas»³¹. En ninguno de los dos textos cronísticos aquí examinados se narra una verdadera batalla o estrategia y en ambos contemplamos a moros y cristianos ejecutando una serie de acciones absurdas que, sabemos, se consignan también en la *Crónica Particular*³².

d) De la misma forma no es aceptable que «*las crónicas sirvan para reconstruir el texto poético*»³³. Es precisamente el análisis del Cantar lo que permite distinguir los versos que se han prosificado así como sugerir cuáles y por qué han sido eliminados o bien suplidos por párrafos torpes e incoherentes.

Más importante nos parece repetir aquí algunas observaciones que hemos expuesto en las páginas precedentes y destacar las conclusiones que de ellas extraemos:

³¹ Las dos últimas afirmaciones están tomadas de Ramsden, *ob. cit.*, p. 134.

³² SMITH, Colín: en *ob. cit.*, p. 119, al señalar que los textos cronísticos coinciden más o menos entre ellos frente a la composición de Per Abad, indica que también en la *Crónica Particular*, «*el Cid y Alvar Fáñez penetran en la fortaleza mientras el resto de sus tropas está barriendo a los moros*», información que nos permite conocer la existencia de una tercera crónica que contiene errores inaceptables.

³³ RAMSDEN: *ob. cit.*, pp. 130-31,134.

a) El Cid del Cantar pelea ateniéndose a prácticas bélicas propias del elemento tribal y ha sido la lectura de fuentes árabes lo que ha hecho que sus movimientos nos resultaran familiares y por ello de fácil comprensión. Al buscar una razón que explique el por qué escritores del siglo XIII, no entienden las palabras de un juglar que vive en una época cercana, cuando nosotros, siete siglos más tarde, hemos sentido que se expresaba con toda nitidez, solamente encontramos una respuesta. Los colaboradores de Alfonso X no conocen las peculiaridades de la guerra a lo moro y, en consecuencia, tienen problemas al reproducir relatos en los que se lucha según las técnicas de combate del mundo del Islam.

La precedente afirmación cobra nueva fuerza cuando detectamos los tremendos fallos que contienen sus versiones de la batalla de Alcocer. Podemos pensar que nunca han oído hablar de un ejercicio ecuestre que es realizado únicamente por beréberes, pero consideramos mucho más grave el que ignoren las principales características de un tipo de guerra que en su tiempo se practica con mucha frecuencia en nuestra península. Jamás un tradicionalista árabe pinta a un caudillo desentendiéndose de sus tropas para entrar en una fortaleza vacía, y no hay ninguno que no sepa que la primera preocupación de los vencedores es recoger el botín o que la riqueza principal la representan los caballos, ni tampoco que es en el campo de batalla donde se pronuncian los discursos mientras se contemplan los bienes adquiridos.

b) La lectura de textos alfonsíes no sólo revela la incapacidad de sus autores para describir con propiedad un determinado tipo de relato sino también un hecho muy grave que tiene profundas implicaciones. Los hombres que trabajan junto al Rey Sabio no sienten reparos en manipular aquellas narraciones que no entienden y en ofrecernos versiones personales que de ninguna forma son reflejo de hechos históricos. Esto significa que debemos examinar con ojos muy críticos las primeras obras históricas escritas en romance, e intentar adivinar qué partes son fruto de su imaginación. Creemos que esto último sólo se consigue cuando se domina la materia objeto de estudio, por lo que podemos sumar una nueva observación.

c) No resulta posible juzgar la parte bélica del Cantar o de nuestras primeras crónicas si no abordamos su lectura conociendo las formas de pelear que se practicaron en la Península en la época medieval y, en particular, las que reflejan la guerra de los moros. En estas páginas hemos visto que importantes eruditos han emitido opiniones sobre las versiones cronísticas creyendo ciegamente las palabras de sus autores y que ha sido precisamente el poder detectar los errores de los textos alfonsíes lo que nos ha permitido distinguir fuentes y copias y destacar supresiones o añadidos.

d) Finalmente, en el momento en que nos damos cuenta que el relato de Alcocer y, en general, toda la parte bélica del Cantar³⁴, sería fácilmente comprendida por cualquier hombre de raza árabe o beréber y sólo estaría al alcance de aquellos hispanogodos que habían llegado a identificarse con los métodos de lucha de los anteriores, empezamos a preguntarnos sobre el autor del Cantar, y sentimos la necesidad de volver la mirada al pasado e intentar adivinar quién pudo componer esta obra y en qué lugar existía una audiencia capaz de entenderla.

Si las tesis que aquí hemos defendido son correctas, el relato de Alcocer y, consecuentemente, el Cantar, no ha podido fraguarse en la mente de un historiador o literato con los conocimientos e ideas de los escritores alfonsíes y menos de un monje que se encuentra encerrado tras los muros de un convento. Esta narración ha tenido que ser elaborada por un hombre que posee el mismo tipo de sabiduría bélica que el elemento tribal y por lo tanto, si pensamos en alguien de raza hispanogoda, se hace preciso encontrar a un poeta que haya vivido y luchado con el invasor o que haya aprendido sus técnicas guerreras leyendo a los tradicionalistas árabes.

Por otro lado, el saber que el ejercicio ecuestre descrito en Alcocer fue únicamente practicado por beréberes, obliga a situar la patria del Cantar en una región habitada por gentes que hayan contemplado y admirado a un elemento africano que realizaba la misma maniobra del Cid y a desechar las ciudades emplazadas en el corazón de la España cristiana. Podemos admitir que en la época en la que se escribe el PCG, los juglares reciten en Castilla las gestas de un héroe que pertenece a dicha región y que al cantar sus enfrentamientos con moros, repitan de memoria frases que no son comprendidas por ellos ni por el pueblo que les escucha, pero resulta inaceptable creer que un poeta invente un relato como el de Alcocer, para mostrar la pericia y audacia de Rodrigo y lo haga consciente de que sus palabras no serán entendidas por esa audiencia a la que él va a dirigirse.

En resumen, el análisis de la batalla de Alcocer está sugiriendo que las investigaciones sobre la autoría del Cantar se han enfocado

³⁴ Hemos podido comprobar que los autores de la PCG y de la *Crónica de Veinte Reyes* cometen de nuevo grandes errores cuando nos ofrecen «sus versiones» de otras batallas del Cantar, y que el segundo llega incluso a desconocer cómo se comportan los guerreros cuando atacan «formando haces» o bien «en tropel o a compañías». En lo que respecta a la última afirmación podemos señalar que el juglar, al narrar el enfrentamiento del Cid con Fáriz y Galve va a mostrar la habilidad del Campeador haciendo que los moros luchen al «estilo cristiano» y Rodrigo al «modo árabe» y que el escritor de la *Crónica de Veinte Reyes* interpola una frase para indicar que las tropas del Cid «han parado sus haces» y copia otras donde efectúan movimientos propios de la pelea «por compañías» por lo que, consecuentemente, vuelve a ofrecernos un relato que carece de toda lógica.

desde un ángulo erróneo. Un copista ha podido corregir el lenguaje que aparecía en los viejos papeles guardados por su compositor y también es posible que un poeta haya decidido mencionar nombres geográficos que pertenecen prioritariamente a una determinada zona, pero lo que ningún hombre haría es intentar que una audiencia sienta admiración por el Cid hablándoles de algo que les va a resultar extraño y confuso.

A nuestro entender si queremos desenmascarar al autor de nuestro primer poema épico se hace preciso no olvidar que en la época del Cid existieron dos Españas y que ambas están reflejadas en el Cantar. Lo primero es conseguir que romanistas y arabistas aúnen sus esfuerzos para investigar seriamente aquellos aspectos del poema que entran dentro de sus respectivas áreas de conocimiento. Más tarde, y sólo entonces, podremos indagar qué tipo de persona ha podido concebir todos los episodios y en qué región se tuvo que recitar por primera vez.